

1

El día del terremoto

*Alfil es cada labio que se toca;
caballo es todo beso perpetrado;
los dientes torres son que el tiempo enroca;
la lengua es dulce jaque inesperado.*

ENRIQUE GONZÁLEZ

El terremoto fue el día de Todos los Santos. Como cada año, los sevillanos aprovechaban la fecha para desempolvar casacas de terciopelo y mantillas de blonda y se ataviaban de negro desde el sombrero hasta lo más profundo del alma, de modo que su desazón por lo efímero de la vida humana quedase reflejado en el ambiente de la calle. El ritual de la jornada consistía en acercarse a visitar a los difuntos flores en mano, parlamentar con ellos para ponerlos al tanto de los últimos acontecimientos familiares y sociales y dirigirse a misa de doce mostrando actitud devota. Después sólo quedaba esperar la hora de la merienda, en la que los mortales se entregaban a devorar esponjosos buñuelos de viento y almendrados huesos de santo que en su aspecto recordaban a lo que les daba nombre,

aunque su porosidad tuviese la textura azucarada del dulce de yema.

La mañana había despertado con una ligera niebla. La gente surgía de improviso, como sombras de las brumosas esquinas, caminando en silencio para que el frío del otoño no les entrase en la boca. Parecían seguir un itinerario organizado con tiempo, una estudiada coreografía que los dividía en grupos: unos hacia el cementerio del Prado de San Sebastián, otros al de los Pobres, éstos al de los Canónigos, aquéllos al Eclesiástico, los demás al de San José en Triana...

Doña Julia, la joven viuda de Haro, no podía ser menos. A eso de las nueve y media de la mañana salió de su casa-impresión de la calle Génova asida al apretado brazo de mamita Lula, la criada negra que recordaba al servicio de su familia desde que tuvo uso de razón. Lula, ese día, se había levantado con el corazón alborotado.

—Hoy se acaba el mundo —advirtió bien temprano lanzando un suspiro resignado mientras acercaba la bandeja con el desayuno a la cama de la señora, meneando su enorme trasero.

—Por decir este tipo de cosas es por lo que la gente te evita —le respondió doña Julia antes de mordisquear con desgana la tostada.

El chismorreo popular aseguraba que mamita Lula llegó al puerto de Sevilla en un navío de esclavos que olía a marfil y tiranía procedente de un pueblo africano llamado Yoruba, cuna del vudú. Decían que venía escuálida, que en su cabello enredado como cuerda hacían nido los piojos, que traía pústulas supurantes en los ojos y en los labios y que emitía chirridos de criatura salvaje. Al parecer el padre de doña Julia, el respetado boticario Juan Nepomuceno Gil de la Sierpe, la descubrió cuando daba uno de sus habituales paseos por el puerto de Mulas esperando a que algún barco llegado de Nueva España trajese un remedio milagroso que pudiera curar, de una vez por siempre,

las fiebres palúdicas que ya comenzaban a convertirse en un mal endémico en la ciudad. Juan Nepomuceno era estudioso de las plantas y estaba convencido de que en ultramar había arbustos medicinales capaces de acabar con las enfermedades del continente europeo.

—Si no fuese porque tengo una familia que depende de mí, allá que me embarcaba yo y volvía con la cura a todos los males. Si es que los individuos que fueron a esas tierras de promisión son todos unos borricos sin cultura que sólo saben liarse a mamporros con los pobres indios —aseguraba—. ¡Qué desperdicio, Señor! ¡Si dicen que las plantas terapéuticas crecen en esas tierras hasta debajo de las piedras! Si es que estamos del todo equivocados. Tanto traernos oro y plata y lo que realmente tiene valor es lo que nos da la salud. ¿Para qué sirve el dinero si no se tiene salud, eh? —les decía a sus amigos, que asentían sonrientes a sus peroratas más por simpatía que por convencimiento.

Y es que el señor Gil de la Sierpe era de tendencia humanista y partidario de recuperar la identidad moral del ser humano. Por eso, nada más ver a la muchacha negra subida sobre un cajón de madera con gesto de lástima, cubriendo sus vergüenzas con un harapo inmundo, con una gargantilla de hierro oxidado que la encadenaba con grilletes a tobillos y muñecas mientras el negrero de turno proclamaba sus cualidades como si estuviese vendiendo un saco de cebada, se apiadó de ella. Pagó sin rechistar lo que le pidieron y la llevó a su casa sin hacer caso de las protestas de su esposa. Una vez limpia y vestida, pudieron constatar que debía de rondar los catorce años, que desconocía por completo los rudimentos de la alimentación con cubiertos y que la única palabra que emitía con un mínimo de claridad y de forma repetitiva era «Lula».

Doña Julia, que en aquel momento apenas contaba cinco años de edad, quedó encantada con la nueva habitante de la casa. La tomó de la mano y ambas desaparecieron escaleras arriba. Nadie volvió a verlas ni oírlas en dos horas y media. Las llama-

ron a gritos, buscaron debajo de las camas, en el desván, en la despensa. La madre de doña Julia le echó en cara a su marido haber traído a la casa a una antropófaga de esas que se comían a los niños blancos con guisantes, pobre de mi niña, pobre, pobre... hasta que el jardinero vio un rastro de ropa que iba de la cocina al patio trasero. Allí encontraron a las chiquillas como Dios las trajo al mundo, parlotteando en un idioma hereje, riéndose, embarradas hasta las orejas, comiéndose a puñados la tierra de las macetas.

—Mira lo que has conseguido con tu manía de la compasión —le gritó la madre de doña Julia a su esposo mientras levantaba a su hija en vilo sujetándola por un brazo y cubriéndola con su chal—. Hay que deshacerse de este engendro... va a convertir a la niña en una salvaje. La quiero fuera de esta de casa, ¡ya!

La firmeza de su mujer pareció convencer a Juan Nepomuceno pero, cuando la niña Julia vio que la separaban de su nueva amiga, le dio una rabieta. Enrojeció, se tiró al suelo y nadie la podía levantar porque daba mordiscos y patadas a todo el que se acercaba. Entre berridos, hipos y sorber de mocos lo único que se le entendía era que si se iba mamita Lula, ella se tiraba al río. Al final la muchacha bruna se quedó en la casa.

Con el paso de los años, mamita Lula aprendió a hablar con acento andaluz y se hizo camarera de Nuestra Señora de los Ángeles en la Hermandad de los Negritos. Preparaba como nadie el gazpacho añadiéndole el toque personal de las naranjas amargas y se ejercitó lo bastante con el tenedor y el cuchillo como para no suponer ningún peligro para ella misma o para los demás. Pero la gente la miraba con suspicacia, en parte por los sutiles comentarios que soltaba la madre de doña Julia en las reuniones sociales, en los que aseguraba que su criada negra escondía bajo la cama un muñeco de trapo atravesado por alfileres con el que era capaz de provocar dolores de vientre a los que le resultaban fastidiosos.

Mamita Lula era muy observadora. Llevaba más de una semana fijándose en el extraño comportamiento de los perros que se pasaban las noches aullando a la luna; de los pájaros que anidaban en lo más alto de los campanarios de las iglesias y que se habían marchado espeluznados, dejando a sus crías con los picos abiertos, demandando comida; de los caballos que se erguían tensos, con los ojos brillantes cuando intentaban colocarles el bocado. Incluso Juan el Menesterozo se había vuelto loco la tarde anterior. Se puso a recitar una plegaria de angustia, arrodillado en medio de la calle Génova, tirando del vuelo del vestido de las señoras que le pasaban cerca, asegurando que iban a morir miles de personas. No paró hasta que las fuerzas del orden vinieron a por él. Le dieron dos cachetadas y, como no había forma de tranquilizarle, terminaron por encerrarle en las mazmorras de Triana hasta que se le pasó el arrebato.

—Hoy se acaba el mundo —repitió con firmeza mamita Lula mientras caminaba junto a su señora en dirección a la catedral para escuchar la misa de Todos los Santos—. Lo sé porque las bestias están raras. Los asnos están tercos. Los perros alborotan como desquiciados...

—¡No me digas! —replicó doña Julia llevándose la mano izquierda a la mejilla con teatral gesto de sorpresa—. ¿Los asnos se obstinan y los perros ladran? ¡Qué cosa más rara! Cuidado, cuidado...

—Los estorninos se han ido. Hace tres días que no se ve ni uno y...

—Oh, ya basta, ¡por Dios bendito! Estos desvaríos de tarada me ponen los nervios de punta. Como sigas diciendo sandeces te encierro en el hospital de San Cosme y San Damián, que me han dicho que allí se hacen cargo de las criadas locas como tú.

Mamita Lula decidió morderse la lengua a pesar de la inquietud que bullía en su interior. Siguió caminando en silencio y subió la escalera de acceso al templo midiendo de reojo el enfado de la señora. Cuando llegaron a la altura de la puerta de entrada, doña

Julia se adelantó para empujar uno de los batientes. Entonces mamita Lula esperó un instante aferrada a su cesto de mimbre, con los brazos cruzados, el ceño fruncido y el labio inferior más sobresaliente de lo habitual. Vio avanzar a su señora delante de ella.

—Sí, sí... llámeme loca —murmuró para sí antes de atravesar el umbral—. Pero hoy se acaba el mundo.

Mamita Lula detestaba no decir la última palabra cuando sabía que llevaba la razón.

Entraron en la catedral por la puerta del Perdón ante las suspicaces miradas de las estatuas de san Pedro y san Pablo. San Pedro se situaba a la izquierda con el gesto adusto, los pelos alborotados y las llaves del cielo en la mano. Estaba justo al lado de la ventanita enrejada por la que se avisaba al cura para que ungiera los Santos Óleos a los feligreses que habían decidido dejar este mundo a horas intempestivas. San Pablo, por su parte, iba armado con una espada que sujetaba con su mano derecha dejando la izquierda escondida a su espalda en actitud de espadachín chulesco. Pero lo más sospechoso de él era que esa mano que desaparecía entre los pliegues de sus ropajes parecía estirarse milagrosamente y reaparecía por debajo de la figura, sujetando la peana. Los dos apóstoles, junto con el arcángel Gabriel, la Virgen Anunciada y el altorrelieve de la parte superior en el que Jesús expulsaba a los mercaderes del templo, en clara contradicción con la tradición popular de utilizar las gradas de la catedral como lonja de la ciudad, eran el marco cristiano en el que se ensamblaba aquella entrada híbrida, la más antigua del templo. Al cruzar el umbral, se ingresaba en un mundo mestizo, un patio de Naranjos que en otro tiempo sirvió de *sahn* de la Mezquita. Allí los fieles hacían sus abluciones en una pila que perteneció a unas antiguas termas romanas y que aún se mantenía en el centro. Las civilizaciones del Mare Nostrum enlazaban sus caminos en el patio de los Naranjos de Sevilla.